

ESCRITURA REPARADORA: EL CASO DE LAS MADRES DE PLAZA DE MAYO

RESTORATIVE WRITING: THE CASE OF MOTHERS OF PLAZA DE MAYO

Amelia Zerrillo

Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de La Matanza
amariaz2008@gmail.com

-Sí, durante toda la semana empezamos a pensar también en el Taller

-Poco a poco pasó a ser un remanso en estos tiempos tan duros.

-Taller de Escritura y yo diría, también psicológico.

Nuestros sueños, 1992

Resumen

Este artículo presenta el tema de la escritura reparadora. Tras exponer los antecedentes históricos y las representaciones sociales que llevan a afirmar que escribir hace bien, el trabajo analiza el caso de la escritura de las Madres de Plaza de Mayo y las distintas formas que asume la escritura reparadora en este grupo particular. La perspectiva metodológica articula procedimientos analíticos de la antropología de la escritura, la teoría de la narratividad, los estudios retóricos y el análisis del discurso. El tema y los materiales presentados conforman parte de una investigación mayor relacionada con la escritura de sujetos que escriben para recomponer su subjetividad dañada.

Palabras clave: Escritura reparadora- Escritura terapéutica - funciones de la escritura.

Abstract

This paper introduces the topic of restorative or therapeutic writing. After exposing the historical background and social representations that conclude that writing does well, the article analyzes the case of the writing of the Mothers of Plaza de Mayo. The methodological approach integrates analytical methods of anthropology of writing, narrative theory, rhetorical studies and discourse analysis. The theme and presented materials form part of a broader research related to subjects who write to rebuild their damaged subjectivity.

Key words: Therapeutic writing - Restorative writing - Writing functions.

INTRODUCCIÓN

Llamamos 'escritura reparadora' a aquella que se practica sin ambiciones literarias ni profesionales, solo con la íntima convicción de que escribir hace bien. Como lo afirmamos en una investigación anterior, escribir -en este tipo de práctica- es una forma de detenerse, de cobijarse en la propia interioridad, de volver a ponerse en pie reconstruyendo el tejido de las experiencias de un modo significativo (Zerillo, 2006)¹. No importa el género que se utilice ni cómo se practique esta escritura -individual o colectivamente, en forma solitaria o en espacio de taller-, el rasgo distintivo de la escritura reparadora es el efecto que persigue: el sosiego o confort que resulta de escribir.

Quienes practican la escritura reparadora, individuos y grupos que sienten afectada su subjetividad, o se consideran en situación de riesgo, dejan entrever que la reparación de la que hablamos en este artículo no surge solamente de lo que se dice en la escritura sino también del modo en que dice, es decir, de los efectos perlocutivos que enunciación y enunciado producen en el sujeto que escribe. El escritor Ermanno Cavazzoni fue uno de los primeros en emplear públicamente el término al reconocer que:

Como en esas largas convalecencias (...) en las que uno se sumergía en el libro como para guarecerse del dolor, y parecía que la enfermedad cedía por influencia de la lectura. Cuando uno escribe sucede algo parecido: uno siente rápidamente ese efecto benéfico, reparador, sólo comparable con volver a casa (2001).

El auge de la escritura reparadora² puede ubicarse durante el gran período alfabetizador del siglo XIX. Por esos tiempos, señala Martin Lyons (2012), los escritos personales responden a una suerte de psicoterapia y comprenden una gran variedad de géneros, los llamados tempranamente 'egodocumentos', hoy denominados

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

también 'escrituras del yo'(Lejune 1975, Miraux, 2005). Pero la escritura reparadora, práctica que lleva a fijar por escrito aquello que se piensa, se experimenta o se siente respondiendo a una necesidad individual o social, (Zerillo, 2006), nace a principios de nuestra era, con la escritura de sujetos ilustres que, conociendo los beneficios de escribir los hacen públicos (Foucault, 1990). El desarrollo de este tipo de práctica ha tenido desde entonces momentos de expansión y repliegue. En este artículo sintetizamos esos hitos fundamentales y luego presentamos uno de los casos que investigamos: la escritura de las Madres de Plaza de Mayo.

Los escritos que analizamos son los producidos por las Madres en su espacio de taller: la revista *Nuestros sueños* (1992), que al principio y al final de su edición impresa presenta conclusiones sobre el Taller I (1990) y el Taller II (1991); y los libros: *La vida en las palabras* (1993); *El lugar del reencuentro* (1995); *Pluma revolucionaria* (2007) y, especialmente, *El corazón en la escritura* (1997), un libro que permite reconstruir las situaciones de escritura, las modalidades de trabajo, los objetivos y las representaciones de las Madres con respecto a la lectura y la escritura.

Más allá de los géneros implicados en su escritura, estos textos constituyen relatos de vida que adoptan las formas más tradicionales que la cultura ofrece y componen puntos de vista distintos de una historia común, la de las Madres de Plaza de Mayo. Así en la mayoría de los casos, las voces singulares se pierden y se funden en un autor colectivo: Madres de Plaza de Mayo. En la observación de estos materiales -poemas, cartas y relatos propiamente dichos- cada vez que los textos lo permitan, mencionaremos a su autora junto al año y la página.

Para el abordaje de estos escritos, partimos de considerar la escritura una práctica significativa que busca la comunicación de la experiencia en un contexto dado y con una intencionalidad (Cardona, 1991; Petrucci, 2002). Entendemos también que toda escritura es parcial, selectiva y estratégica (Adam, 1999), como lo son también la memoria y el olvido (Ricoeur, 1999; Klein, 2008). Desde este marco conceptual, comprendemos que el relato de vida, como tantos otros escritos, no puede contar todo; elige aquellos hechos o circunstancias que, a salvo del olvido inexorable³, guardan relación con las intenciones del sujeto que escribe. Por lo demás, coincidimos con Klein (2008) en que relatar el pasado no es reproducirlo sino producirlo dotándolo de un sentido que está en relación directa con la dimensión argumentativa que tiene toda escritura, literaria o no.

Desde esta mirada antropológica, cuasi hermenéutica, buscamos interpretar el valor que el hombre y la mujer común le han dado a la escritura a través del tiempo. Empleamos para ello una serie de procedimientos metodológicos provenientes del análisis del discurso; de la teoría de la narratividad, sobre todo de aquella vertiente filosófica que destaca la función del relato en la comprensión de lo vivido (Ricoeur, 1996); y de los estudios retóricos (Maingueneau, 2002; Amossy, 2000), que ayudan a comprender aspectos del discurso (*logos, ethos, pathos*) que consideramos están altamente implicados en la reelaboración de la subjetividad dañada.

1. Antecedentes de la escritura reparadora⁴

La escritura reparadora, entendida como un *habitus* o disposición a escribir para sentirse bien, comienza con los hombres del pasado que buscan “expresar su verdad”, “pensarse” y “situarse” en relación con el entorno, como un modo de asumir el cuidado de sí mismos tomando notas, escribiendo tratados, cartas a los amigos, cuadernos. Las cartas y escritos de los filósofos estoicos Séneca y Marco Aurelio constituyen ejemplos de estos momentos iniciales (Foucault, 1990).

El mismo ejercicio realizan los primeros escritores cristianos que escriben para salvarse del pecado. Las *Confesiones* de San Agustín (IV d. C), por ejemplo, constituyen un acto de disciplina penitencial de renuncia al yo pero, desde el punto de vista intencional, expresan el deseo de escribir para cuidarse, para llevar una vida buena. Esta práctica, según Foucault, subsiste durante siglos.

En el siglo XVII, gracias a Descartes, que confirma la existencia de una interioridad racional; y en el siglo XVIII, gracias a Rousseau, que promueve una nueva experiencia de la subjetividad, la lectura y la escritura se vuelven prácticas significantes para el resto de los hombres que pueden y quieren imitarlos (Chartier, 1987)

¿Habéis visto alguna vez una ópera en Italia? En los cambios de decoración ... todo anda revuelto... sin embargo, poco a poco todo se compone, no falta nada, y se queda uno sorprendido al ver que a tan prolongado desbarajuste sucede un espectáculo maravilloso. Esa maniobra, poco más o menos, es la que se opera en mi cerebro cuando me propongo escribir (*Mis confesiones*, 2006, p. 31).

Luego, en el siglo XIX, aunque la democratización de la escritura tiene desarrollos diferentes en los distintos contextos nacionales y continentales, la escritura personal logra en Occidente un momento de esplendor público durante la Gran Guerra, con la escritura de unas 4.000 millones de cartas impregnadas de subjetividad y de un espíritu reparador (Lyons, 2012). Esta representación de que escribir hace bien se fortalece también con los aportes de aquellos escritores profesionales que reconocen que la literatura les permite atender a sus problemas y necesidades (cuidarse) hablando de otros.

Kafka, por ejemplo, entiende que la escritura es una forma de ponerse a salvo. Así confiesa en una carta a Felice Bauer “Gracias a que escribo me mantengo con vida” (1993, p. 95). Marguerite Duras, por su parte, confiesa que escribir “es lo único que llenaba mi vida y la hechizaba” (2000, p. 17). Algo parecido sugiere Clarice Lispector para quien la escritura “Salva el alma presa, salva a la persona que se siente inútil, salva el día que se vive y que nunca se entiende a menos que se escriba” (en Brizuela, 1993, p. 252). Desde otro punto de vista, Paul Auster señala el valor terapéutico de su trabajo cuando cuenta que a poco de morir su padre, comienza a escribir con todo el intento de recobrar al padre que nunca había tenido (Auster, 1994, p. 81).

Reafirman estas representaciones, las consideraciones de los especialistas, que aportan su saber acerca de los efectos beneficiosos que produce la escritura sobre el sujeto que escribe. Así McLuhan (1985) señala que la escritura, desde un punto de vista material y físico, suspende algunas percepciones externas e internas que pueden resultar abrumadoras. El efecto se relaciona con el hecho de que la escritura supeedita el cuerpo al trabajo de la mano. Durante ese acallamiento, la escritura permite al sujeto contactarse con su propia interioridad; objetivarse, reconocerse a la distancia (Ong, 1987); y situarse, en un sentido foucaultiano.

Desde el psicoanálisis y la medicina, otras contribuciones resultan relevantes a la teoría de que escribir ayuda al sujeto que escribe⁵. Según Freud (1908), la escritura constituye un espacio de afirmación individual, en el que es posible compensar algunos aspectos de la historia personal; y también, según Kristeva (1995), produce una reelaboración que no deja de tener contacto con aquella que inducen la transferencia y la interpretación. Estas ideas se ven confirmadas en las investigaciones posteriores de Yalom (2000 [1998]), Pennebaker (1999), Baikie & Wilhelm (2005), Bauer Wu (2007); de la argentina Mónica Bruder (2004), que trabaja con el cuento terapéutico; de Ivan de Leon (2007), que recomienda la terapia del diario; especialistas todos que sostienen la importancia de escribir para reelaborar y superar experiencias traumáticas (Kohan, s.d).

2. La escritura reparadora en nuestros días

Más allá de estas representaciones y consideraciones especializadas, la práctica de la escritura personal con un efecto reparador experimenta entre la gente común un proceso de repliegue después de la Gran Guerra, suerte que también viven los libros y los lectores (Lyons, 2012).

Es que mientras, por un lado, los movimientos sociales privilegian el ocuparse de otro y el cientificismo profesionaliza día a día el arte de “cuidar” (*therapeuo*, “cuidar”, “atender”); por el otro lado, las condiciones de vida cambian, crecen las ciudades, se extiende la escolarización y la lectura y la escritura para el bien de uno compiten con otras obligaciones y pasatiempos: la radio, el cine y la televisión. En este contexto, el valor personal de la escritura parece disminuir, no tanto así entre los adolescentes (Diario de Ana Frank). Entonces, escribir, si bien se vuelve para los adultos una práctica más reservada e inconfesable, perdura en esa disposición a escribir cartas que nunca se envían, diarios íntimos, cuentos, poemas y frases que nadie lee.

Es en la posmodernidad, a partir de la puesta en duda de los grandes relatos –entre ellos los de la ciencia y los de los medios– (Lyotard, 1991), que estas prácticas cobran nueva fuerza y se exteriorizan; cuando individuos y grupos minoritarios buscan dar a conocer su verdad escribiendo autobiografías, memorias, diarios de vida (Arfuch, 2002) o literatura. Entre otras formas de contención y expresión, se difunden los talleres literarios, espacios de sociabilidad intelectual y emocional, que hacen del escrito el centro de reflexión e interacción. En esos lugares –como ocurrió en otras situaciones

históricas (Chartier, 1987) –, se reúnen quienes buscan leer y escribir para decir, entre otras cosas, eso que es necesario decir en beneficio de todos y de cada uno.

En la Argentina, durante la dictadura del 76 (de Diego, 2003), los talleres forman parte de la cultura de las catacumbas donde se reúnen hombres y mujeres que intentan seguir pensando y expresando sus sentimientos para seguir viviendo. Más tarde, llegada la democracia, los talleres literarios se constituyen en uno de los núcleos de una política cultural que acrecienta junto a otro tipo de talleres, los espacios de encuentro para los nuevos tiempos que vive una ciudadanía que necesita expresarse (Programa Cultural en Barrios, Secretaría de Cultura, 1984).

Algunos de estos talleres se desarrollan en hospitales psiquiátricos (Zerillo, 2001, 2006) y en asociaciones como mujeres víctimas de la violencia de género (Zerillo, 2012), mujeres presas que escriben en la cárcel (Zerillo, en preparación), hombres y mujeres víctimas de la violencia política (Zerillo, en preparación), menores que escriben en hogares de internación o en villas de emergencia (Fernández, 2006) y muchos otros colectivos, como el de las Madres de Plaza de Mayo.

3. El caso de las Madres de Plaza de Mayo

Aún a riesgo de caer en obviedades, antes de exponer y analizar las prácticas de escritura de las Madres, recordaremos algunos aspectos de la historia de su movimiento para precisar de qué Madres hablamos y hacer explícito el contexto de producción de su escritura.

El movimiento Madres de Plaza de Mayo surge en la Argentina, durante la dictadura videlista del 1977, cuando las Madres comienzan a reunirse para compartir la desaparición de sus hijos y reclamar su aparición con vida. Pese a algunas diferencias de procedencia geográfica, de formación escolar y académica, de orientación económica y posición social, las Madres logran trabajar juntas durante años y enfrentar a los genocidas. Terminada la dictadura e iniciada la democracia, la unidad comienza a resquebrajarse en consonancia con una serie de acontecimientos sociales y políticos que las lleva a asumir perspectivas diferentes.

Entre esos hechos sobresalen: a) el tratamiento que el primer gobierno democrático de la postdictadura le da a los genocidas y a la memoria colectiva (Gorini 2011b, p. 177) al aceptar la teoría de los dos demonios y la presunción de que el ejército había sido el fiel de la balanza que equilibró la lucha salvaje entre el terrorismo de izquierda y los desbordes estatales en la “lucha subversiva”; b) la exhumación de los cadáveres y la posible reparación moral o material que el Estado otorgaría a los familiares de desaparecidos; acciones consideradas contrarias a las consignas originarias de “aparición con vida” y “juicio a los culpables” (Gorini, 2011b, p. 154-156) y el debate sobre la responsabilidad de los hijos en los hechos de violencia social que se sucedieron antes y después de la llegada de los dictadores, discusión que atenta contra la memoria y la estima de las Madres.

Estos temas abren en el grupo dos líneas de pensamiento que se perciben también en torno a la consideración del accionar público de las Madres, sobre todo de su presidenta Hebe de Bonafini (de ahora en más HB), quien para algunas integrantes del movimiento parece no atenerse a los usos legitimados del lenguaje (Gorini, 2011b).

En 1985, poco después de las elecciones internas que ratifican a Bonafini como conductora, se produce el cisma en la organización y se conforman dos grupos. El grupo de las Madres de la Asociación (dirigido por HB) no habla de la muerte de los hijos, no acepta homenajes en su nombre, reclama su aparición con vida y castigo a los culpables. El grupo Madres Línea Fundadora (dirigido por Marta Ocampo de Vásquez) tiene otra actitud respecto de esos temas (Gorini, 2011b, p. 494). Las Madres de Hebe parecen a cierto sector de la ciudadanía, más agresivas, menos condescendiente, más radicales (Pérez Esquivel, 2013; Schiller, 2013) y poco sujetas al decoro impuesto por la ilustración. Dos hechos públicos posteriores parecen reafirmar ese rasgo: en 1991, Hebe de Bonafini llama “basura” al Presidente Menem y en 1999 comenta que el Papa Juan Pablo II es un “cerdo”. Estas Madres tienen otros principios: para ellas peor que hablar mal es “hacer mal” (di Stefano, 2010). El otro grupo de Madres, por el contrario, parece más cuidadoso, menos desbocado, más dispuesto al diálogo.

Según estos datos, las Madres de la Asociación tienen una actitud política diferente y, aparentemente, un problema con la palabra. La escritura que analizamos corresponde a este grupo, al grupo de las amas de casa, al grupo de Hebe, que desde siempre busca superarse y ha organizado una universidad, una biblioteca, cafés literarios y, entre otros dispositivos, un Taller de Escritura en la Casa de las Madres⁶. La idea de este artículo es justamente dar cuenta de ese otro discurso, privado, íntimo, reflexivo, el de la escritura de las Madres de la Asociación y mostrar las características particulares que adopta la escritura reparadora entre ellas.

4. El taller de Escritura de la Asociación

El Taller de las Madres se desarrolla, desde el año 1990 al año 96⁷, en Casa de las Madres. Los libros posteriores reeditan textos trabajados en esos años. En un principio el espacio se llama Taller de Escritura, solo luego es denominado Taller Literario, quizás porque en un principio, dominaba el deseo de aprender a escribir con el juego y la imaginación (Brizuela y Russo, 1997, p), y solo luego vino la producción. En ese taller, participan Hebe de Bonafini, Hebe Mascia, Clarita, Elvira, Beba, Chela, Juanita, Porota, Elsa, María del Carmen, Elena, Aline, Mimí, Susana. La mayoría de ellas tenía escasa confianza en sus competencias de escritura pero estaban totalmente decididas a asumir el desafío y a dar lucha también en este territorio: “Yo decidí incorporarme a esta mesa y ahora escribo, sin saber si sirvo o no para esto, pero me atrevo. Tengo miedo, porque seguramente comprenderán que yo no sirvo. Sé que no soy capaz pero no quiero quedarme fuera”⁸, confiesa Cota en *El corazón en la escritura* (1997, p. 111). ¿Fuera de qué?, es la pregunta que surge rápidamente. De algo que seguramente era importante para el grupo: contar y escuchar la propia historia, desde “el corazón” de las Madres.

Como talleristas, las madres eran unas lectoras y escritoras con rasgos especiales. Más allá de la literatura que leyeron o escucharon en su infancia no leyeron ni escribieron en forma sistemática hasta que decidieron frecuentar el taller. La mayoría de ellas siempre quiso escribir pero no lo hacía por timidez hasta que apareció la necesidad y tuvieron que escribirle al Papa Juan Pablo II y a distintas personalidades para hablar en nombre de sus hijos (*Nuestro sueños*, 1992).

Escribieron cartas, muchas cartas y solicitudes reclamando por sus hijos pero lo suyo no era la literatura. Eran mujeres que tenían una competencia lectora y escritora de carácter funcional,⁹ propias de las mujeres de su edad y su grupo social: “Tenemos todas entre sesenta y ochenta y cinco años. Fuimos muy poco a la escuela” (1997, p. 111).

Como escritoras tenían esa representación de la escritura cuasi naturalizada que hace pensar que esa actividad no es para la gente común, que hay que tener preparación e inspiración o decir cosas importantes. Dice Cota (1997, p. 114), una de las madres escritoras: “Para mí la literatura había sido, hasta entonces, el arte de expresar ideas difíciles, muy elevadas, con palabras más difíciles todavía. Algo para elegidos.”

El coordinador por entonces era el joven escritor Leopoldo Brizuela, muy querido por las Madres, por su paciencia, dedicación y estímulo permanente. En el taller, como parte de la secuencia de trabajo, en principio, leían, charlaban y tenían una consigna de trabajo; luego procedían a la escritura y a la lectura de los materiales producidos (1997). La finalidad de la escritura, sobre todo en *El corazón en la escritura* era “reflejar el mundo de las madres” (Brizuela, 1997, p. 5).

5. Aspectos beneficiosos de la escritura de las Madres

Tras el análisis de los textos escritos por las Madres, nos es posible reconocer una serie de motivos por los que para ellas la escritura se vuelve una práctica necesaria y reparadora. Entre ellos destacamos una serie de beneficios que analizamos a continuación:

a) *La constitución de un espacio propio*

Se trata de un espacio físico, el del Taller que, como afirma el epígrafe de este artículo, se convierte en un lugar muy especial, en el que se guarda y cuida lo que es propio: “Cuando termina el taller / y se recogen las hojas /siento que guardan allí/ todas nuestras cosas”, dicen las Madres en un poema colectivo de *Nuestros sueños*. Pero también se trata de un espacio mental e íntimo, activado al escribir en cualquier lugar, portable. De hecho tal como cuenta Mimí, lo llevan a casa hasta convertirlo en un espacio propio, al que volverán una y otra vez buscando cobijo cuando lo necesiten:

Él (el “profe” como lo llamaban a Leopoldo Brizuela) me habló de un libro de Virginia Wolf...*Un cuarto propio*, y entonces me decidí. Invadí un espacio de la mesa del living, desmantelé un estante cubierto de platos, bomboneras y otros elementos inútiles, arreglé una lámpara centenaria y hoy es mi refugio. Rodeada de papeles, de borradores y libros, cuando siento la “necesidad” imperiosa de escribir, necesidad que no ha hecho

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

más que crecer gracias a las compañeras y a esa hermosa forma de enseñarnos. (1997, p. 122)

b. El autoconocimiento y el fortalecimiento de la estima individual y grupal

En sus escritos, las Madres afirman que la escritura les ha servido para “conocerse mejor” y “descubrir la propia voz” (1992) , “sacarse de adentro”, “volcarse a los otros (2007) y convertir ese conocimiento en una experiencia de aprendizaje para el grupo: “El taller –como dijo hoy Leopoldo- me abrió ese libro que todos tenemos adentro y empecé a leerlo a los demás y a mí, y aprendimos todos juntos” (Elsa, 1997, p. 115).

En las palabras de la Madre Cota, el trabajo en el Taller de Escritura ha sido una herramienta fundamental para darle valor a la propia experiencia: “Yo también me creí, durante mucho tiempo, muy poquita cosa. Después de leer ese texto [*El corazón es un cazador solitario*], a mis ochenta años, fíjense, por fin supe sobre qué escribir. Dejé de ser yo la muda. Y escribí sobre mí misma, sobre mi mundo” (1997, p. 114).

Es decir que la escritura le permite “descubrir” a Cota y al resto de las madres, que también ellas tienen una historia para contar. Palabras de Hebe Mascia (1997, p. 111):

Tengo tanto encerrado adentro que parece que no se quiere soltar...Tantas penas, sí...Pero ahora que lo pienso mejor, puedo dar vuelta la hoja y hablar de las cosas lindas que me pasan, que también las hay...Todas esas cosas por las que luchamos...La raíz que alimenta la vida y el coraje.

La escritura le muestra a ella y a las otras Madres que son capaces de la “hazaña” de crear en el papel (1992) y de interesar a sus lectores; esa preocupación por su escritura aumenta la estima individual y grupal. Cota y Hebe Mascia son un ejemplo de ese sentimiento. Al respecto, Cota señala: “Hace ya casi tres años que funciona nuestro taller, pero yo sólo me decidí a reincorporarme en este último tiempo... Volví a entusiasarme cuando vi cómo los demás apreciaban las publicaciones del taller” (Cota, 1997, p. 113). Hebe de Bonafini¹⁰ lo dice así:

“Hoy, cuando hablaba Cotita, yo pensaba que si nos largamos a escribir sobre nosotras mismas es porque gracias a nuestra lucha por fin encontramos alguien a quien contar estas cosas, nuestras pequeñas cosas, sin temor de que digan “qué pavada”. Tenemos delante compañeras, muy diferentes, sí, de historias tremendamente distintas, pero que sabemos que comparten nuestra óptica y nos escuchan con amor” (1997, p. 112).

Esta última frase muestra el valor que tiene la escritura grupalmente y su función en el fortalecimiento de lazos afectivos e identitarios.

c. El repaso de la propia vida y la configuración de la experiencia

Como acabamos de exponer, la escritura permite a las Madres delimitar un espacio en el que pueden tomar contacto consigo mismas y con las otras Madres. Al hacerlo, las madres motivadas por el coordinador y por el propio deseo, evocan el pasado. Pero evocarlo no es escribirlo. Escribirlo las lleva a avanzar sobre ese material desordenado y

disperso, a completar los vacíos, a seleccionar/acallar los recuerdos que compondrán o no la trama de su relato, a darle forma a través de una configuración o esquemas simbólico¹¹ que la comunidad de lectores (y entre ellos, ellas) puedan seguir y comprender (Ricoeur, 1996)¹².

Cuando las Madres sostienen que "Escribir no es sino una de las formas de honrar esa vida que miramos" (HB, 1997:124), se entiende que escribir es para ellas enaltecer, homenajear con su obra el mundo que habitan contando/describiendo un tiempo ido, en el que las Madres eran diferentes y cuya historia, sentida como valiosa, corre riesgo de perderse en el olvido o de ser transfigurada por otras voces, más ilustradas, más racionales, que no hablen desde el corazón. Esta historia de amas de casas, de mujeres débiles, en tanto no preparadas, que logran enfrentar al fuerte y sobrevivirlo, es un triunfo individual y social que no debe olvidarse.

En los tres capítulos que componen *El corazón en la escritura*, por ejemplo, las Madres reconstruyen un pasado desconocido por los lectores y, siguiendo la topografía de los recuerdos (Klein, 2008), relatan la historia de esa transformación que las llevó a dejar los roles y comportamientos impuestos por la cultura de la época para convertirse en otras.

En el primer capítulo, "Historias nuestras", narran los tiempos anteriores a la experiencia de la desaparición de los hijos. Las voces entrelazadas de las madres evocan personas y objetos que hablan de la felicidad, del hogar, de la ropa, la comida, la mesa familiar. En el segundo capítulo, "Del yo al nosotras", presentan las vivencias que hicieron de las Madres una familia a partir de "la socialización de la maternidad". En este capítulo, las escritoras rememoran el último día de los hijos, el comienzo de la búsqueda, hablan de los primeros tiempos, del abismo entre abuelas y nietos, del primer día en la plaza; hablan de los bancos, del pañuelo negro que se hizo blanco, de las otras madres; de los nietos, de sus compañeros (H B, 1997, p. 51).

Para sorpresa del lector, en su obra, las madres no hablan de los asesinos, no hablan de su trajinar por cárceles y departamentos oficiales. Hablan de ellas, del "terrible impacto de estos acontecimientos en la subjetividad" (Brizuela, 1997, p. 5). En el tercer capítulo, cuentan el pasado de la escritura que analizamos.

Así, a lo largo de ese itinerario, las Madres se muestran/se construyen como mujeres que crecieron y vivieron con los deseos, ilusiones y limitaciones de las mujeres de su tiempo: "Para las mujeres de nuestra época fue difícil decir que las caricias y los besos daban placer, eso también había que esconderlo" (1997, p. 80); atraviesan en su relato los tradicionales tópicos femeninos:

-maternidad y nacimiento, "Cuando en mi vientre sentí el hijo que iba creciendo fui la mujer más feliz" (HB: 19); "El día que nació mi hija, un 4 de junio de 1946, era fiesta, Perón subía a la presidencia. Como se usaba en esa época la tuve en mi casa... rodeada de toda la familia... con amor y alegría" (Porota, p. 21);

-crianza y vida familiar, "Ya está lista la cena, ya llegaron todos, cada uno va ocupando su lugar. Era el momento más sagrado para mí." (María del Carmen: 25); "Cuántas añoranzas de esos almuerzos de familia completos, más el agregado casi siempre de algún compañero. Al anuncio de cualquiera de mis hijos 'hoy en

mi casa tenemos empanadas' casi siempre había agregados a la mesa." (Elena, p. 24);

hasta llegar al momento de la tragedia familiar cuando todo empieza a trastocarse: "*La mesa quedó tendida, fue servida sólo para ti y sobre el plato quedó fresca tu porción de matambre casero con berenjenas en escabeche, que tanto te gustaba*" (Juanita: 25); "*Nos deshicieron la familia, ya no nos podíamos reunir, unos no estaban y otros no teníamos ganas, la comida en familia y con amigos es charlar, es reír, es bromear, es proyectar, es amar*" (Porota, p. 26).

A partir de ese entonces esas amas de casa, que habían seguido el mandato que las convenciones sociales les señalaban, se deshacen de los condicionamientos y rompen con la norma saliendo a la calle a denunciar, haciendo suya la Plaza de Mayo, enfrentando a los asesinos de sus hijos, solas, sin más armas que el dolor y la esperanza como lo cuenta la historia pública.

Desde esta perspectiva, la escritura sirve a las madres para "reparar" la propia historia en los distintos sentidos del término "reparar": el de "recordarse aquellos momentos que son necesarios para seguir viviendo"; y el de "coser", "unir", a su modo, desde el presente, en una matriz o configuración épica, todas esas experiencias compartidas, integrándolas a la memoria colectiva¹³ que sustenta la identidad del grupo.

No hace falta más que hilvanar los epígrafes de los tres capítulos para entender que las Madres con la escritura no solo suturan el corte que significó en sus vidas la desaparición/muerte de los hijos, uniendo la historia privada con la pública. Dicen los epígrafes: "El punto más alto de nuestro crecimiento quizá haya sido socializar la maternidad", "Quizá toda nuestra historia pueda resumirse como un paso del yo al nosotros", "Quisimos escribir para contar nuestras historias como sólo nosotras podemos hacerlo desde el cuerpo, como se dice ahora, desde el corazón. Mejor o peor que los demás, pero con nuestras propias voces". El gesto de unir sus historias tiene un trasfondo político importante. Las madres no solo "cosen" al bies de las diferencias un pasado común que socializa el dolor sino que invierte las representaciones existentes sobre ellas y sobre sus hijos Hablaremos de eso a continuación.

d. La reparación de la imagen social de las Madres

Como señalamos oportunamente, los textos de las madres entran voces que apenas se distinguen y que hacen hincapié en los rasgos comunes que constituyen el pasado de "nosotras". En ese relato, a través del tiempo congelado de la descripción, las Madres muestran en sus relatos cómo eran sus familias antes, y cómo eran ellas antes: madres como todas, madres de familias, trabajadoras, atentas, dedicadas a sus hijos; pacientes, conciliadoras; en fin, con los atributos femeninos prescriptos por el discurso dominante de los 70.

Esta composición y el lenguaje que utilizan para narrarse y describirse, mesurado, amoroso, trabajado¹⁴, las dota de un ethos o carácter afectuoso, comprensivo, maternal, que sirve para desarticular en ellas y en los posibles lectores esas representaciones preexistentes que las conciben como "madres de terroristas", de boca peligrosa (ver ut supra, pág. 9). La modalidad enunciativa y lo dicho sobre sí

mismas revierte, en parte, ese lugar común que va de la parte al todo o de la obra al autor (Perelman, 1982), que en algunos sectores sociales dio lugar a la frase “*si los hijos eran terroristas, ellas también lo son*”. La inversión de este argumento se concreta justamente en su discurso íntimo, el del corazón, mostrando una vida de trabajo, honradez y amor, en el que no aparecen como mujeres violentas o amenazantes.

Ahora bien, al descomponer estas representaciones, al presentarse socialmente en la escritura con otros rasgos que contradicen ese carácter que los medios y el propio discurso público ha contribuido a conformar (recordemos la anécdota del Papa en 1991), las Madres desarticulan otras representaciones o imágenes sociales que las dañan más. Veamos cuáles.

e) La reparación de la imagen del hijo: la función epidíctica

En una entrevista, Hebe de Bonafini (2002) cuenta el proceso que se fue dando en ellas en relación con la imagen de sus hijos:

Fue muy difícil sacarle a la gente la idea de que nuestros hijos eran «terroristas», pasarlos de «terroristas» a revolucionarios. Porque esa fue la excusa que tuvo la sociedad, no sólo los militares, para quedarse tranquila, en su casa, «si son terroristas, que los maten, que los torturen, que los tiren vivos al río».

Sus palabras dejan entrever el trabajo amoroso que las Madres necesitan hacer públicamente y en la intimidad de la escritura para revertir la imagen negativa que la teoría de los dos demonios ha divulgado de sus hijos. Imagen que las afecta, primero, como madres y, luego, como movimiento.

Así que, desmontado el argumento de la parte al todo como lo hacen, por ejemplo, en los textos de la primera parte de *El corazón en la escritura*, una vez presentada discursivamente la familia-progenitora, con valores sociales que contradicen la violencia, el terrorismo, el odio, etc., a las Madres, todavía les falta algo para reparar la propia subjetividad: reparar la imagen de los hijos.

En otra entrevista que fue incluida como texto en el libro, la madre Ailen, hace su reparación:

No digo que fuera algo excepcional: era un chico normal, sencillito, que hacía sus cosas, iba al colegio. Era un chico modestito nomás... Y pasó que cuando fue creciendo, sobre todo a partir del secundario, empezó a pensar en la gente pobre. Le dolía mucho las dificultades de los demás. A mi hijo al crecer poco a poco se le fue despertando la conciencia de las cosas...Se iba los domingos a ayudar a hacer casas...Porque él deseaba de todo corazón que las cosas mejoraran...Cuando digo que no era un chico excepcional, no lo digo de modesta: era tal como han sido los hijos de las demás Madres, según después me pude enterar... Esto hacía mi hijo, esto vi y en esto lo acompañé siempre que pude. Estoy muy orgullosa de ello (1997, p. 98).

En este relato pueden verse los procedimientos laudatorios que las Madres utilizan en la restauración de la imagen de los hijos. “Humildad”, “entrega”, “generosidad”, “sensibilidad social”, “conciencia”, son algunos de los rasgos que Ailen atribuye a su hijo y por extensión al resto. Todos los hijos de las Madres se parecían en eso. Y todos los hijos tenían comportamientos que también tenían otros jóvenes: se preocupaban por los otros. Esos atributos no solo los llenan de orgullo sino que contribuyen a darle a la historia de los hijos otra matriz significativa, la de los sujetos que trabajan contra la injusticia y los males del mundo; la de quienes quieren cambiar el mundo o “mejorarlo”, dice Ailen, y mueren como podían haber muerto otros.

Este gesto epidéctico que recrea las bondades de los hijos se reitera a lo largo de la escritura las Madres. En Beba (1997, p. 49):

Sergio, en ese último segundo que te vi por última vez, está encerrada en mi corazón toda tu vida –esa vida tan corta y tan fructífera, tan de todos, tan llena de amor y de enseñanza, sobre todo tan sin egoísmo, tan llena de luz – tu vida, mi vida, la de todos- un caos y una gloria- un renacer y un morir todos los días –por muchos días- hasta el final. Hasta la lucha.

En Elena (1997, p. 95): “¿Cómo sería él ahora, con sus treinta y cuatro años? No me lo puedo imaginar. Se me quedaron grabados sus casi veinte años su gran amor de hijo y de ser humano?” Esta reparación pública de los hijos incluso llega al punto de hacer reflexionar a las Madres sobre algunos errores cometidos con ellos, cuando en el pasado no los entendían: “*Cuántos errores/ entonces cometí/.../Cómo quisiera/ en este momento/ tenerte a mi lado, abrazarte y decirte qué grande y honesto te siento. Qué orgullosa me siento/ de haberte parido*” (Cota, 1997, p. 99).

En el poema colectivo “Con este pañuelo blanco”, un poema emblemático en la historia de las Madres (Zulu, 2005), las autoras afirman la dignidad de los hijos y se identifican con ellos: “Caminábamos bajo el sol/que es la luz de nuestros hijos/ejemplo de dignidad/que marca este compromiso”.

En síntesis, instaurar la imagen de los hijos como buenos hijos, fijar esa imagen en la propia palabra, objetivarlos como transformadores y revolucionarios, por carácter transitivo, les reafirma la propia estima y les permite continuar su lucha reivindicatoria (HB, p. 124).

f. El duelo

Por último, tenemos que decir que en ese espacio íntimo que la escritura propone, las Madres reconocen la ausencia de los hijos y se reencuentran con ellos: “Me pongo a escribir, y estoy bajo la mirada de Susana y de sus compañeros. Como yo quería, como ella quería. Tantas veces me decía: pero mami, tenés que luchar, tenés que militar, siempre así, entre las cacerolas.” (1997, p. 111); “Yo como madre hablo de estas intimidades porque en ellas estás vivo y presente.” (Porota, 1997, p. 25); “Y en cada pensamiento y escrito están mis hijos, de modo que siento que estoy trayéndolos de vuelta a la vida” (HB, 1997, p. 112); hasta llegar incluso a la afirmación más dolorosa, la de la muerte, palabra que se cuele como pocas veces en estos textos, dando lugar al sentimiento elegíaco que acompaña al retrato de los hijos y a ese duelo que las

Madres no han hecho públicamente: “Hay pensamientos que crecen / y se agrandan/ buscando imaginar los últimos momentos/ de una vida querida, torturada, asesinada” (Mimí, 1997, p. 126). Dice HB:

Vienen a mi mente tantas puertas/.../y de repente las de las comisarías, los cuarteles y la/ iglesia cerrándose con fuerza en nuestras propias caras sabiendo que/allí detrás seguro están nuestros hijos/ Cuántas puertas cuánta vida/ cuánta muerte detrás de ellas (HB, p. 70).

6. Reparación y proceso de escritura

Hemos analizado hasta aquí los aspectos reparadores que presenta la escritura de las Madres de Plaza de Mayo de la Asociación. En investigaciones anteriores sobre la escritura reparadora, precisamos que la reparación está relacionada con los procesos psicofisiológicos y sociales que los distintos momentos de la escritura desencadenan, en particular:

a- el proceso interno de ideación y planificación del escrito, durante el que se activan aspectos de la memoria a corto y largo plazo en relación con los conocimientos de mundo, las competencias discursivas y la propia interioridad;

b- el proceso exterior o de puesta en texto, durante el que se produce la elaboración discursiva de lo vivido y la objetivación de la experiencia, surgen conocimientos nuevos sobre el mundo y sobre el sujeto que escribe (valor epistémico de la escritura); y cobra vida una voz que, más allá de sus rasgos, produce efectos de distinta índole que resultan reparadores (ver Zerillo, 2006)

c- el momento posterior a la escritura, el correspondiente a la lectura de los propios escritos, durante el que se da la retroalimentación que permite la modificación de la estima, la comprensión y en muchos casos la consolidación de lazos sociales identitarios (ver Zerillo, 2006).

En el caso de las Madres, la reparación puede apreciarse en todos estos momentos. “La constitución de un espacio propio” (a) y “el autoconocimiento y el fortalecimiento de la estima” (b) son beneficios relacionados con el proceso interno, mental, que acompaña a la escritura. En ese momento, el sujeto que escribe se encuentra a sí mismo pensando, memorando, conectando cuerpo y mente, evaluando sus competencias y generalmente lo hace positivamente.

Más allá de los contenidos de ese trabajo mental, es el contacto en sí y la posibilidad de pensarse, y de pensarse de un modo diferente, lo que lo vuelve significativo. Todas las estrategias del coordinador, que las Madres tanto valoran, van en esa dirección, la de abrirles el camino a la propia interioridad activando la función fática, base de cualquier escritura.

El plus en esta escritura surge cuando las Madres al constituirse como sujetos-objetos de su propia escritura, se piensan por primera vez con unas potencialidades desconocidas: como protagonistas de un relato y como sujetos de su escritura, capaces de seleccionar estrategias, de moldear la palabra con detalles que buscan distintos efectos perlocutivos o pathémicos como la credibilidad y la respuesta emocional del lector: Mis manos/acunaron sueños. /Mis manos/acunaron niños. Mis manos/ acariciaron/ mucho. Mis manos/ sembraron la tierra./Se vaciaron mis manos/un día. Se llenaron de / horribles silencios.

El caso de “la escritura como repaso de la propia vida” (c) está ligado no solo a los beneficios de la objetivación de la experiencia, sino también a la posibilidad que da la escritura, durante la puesta en texto, de consolidar una trama significativa que de sentido a la propia vida y tiene efectos sobre la subjetividad. Es durante la escritura que el pasado de las Madres logra fijarse, por un lado, como la historia de las mujeres no preparadas que lograron enfrentar la adversidad. Por otro lado, como la historia de las mujeres que, teniendo un problema con la palabra, logran tener una voz, dominarla y escribir para defender su memoria y la memoria de sus hijos.

Lo mismo sucede con la “reparación de la imagen social de las madres” (d) y “la reparación de la imagen del hijo” (e). Cuando los protagonistas de las historias, madres e hijos, son dotados y fijados con los valores de la heroicidad ciudadana en un relato cargado de eticidad, esa imagen o estima de sí, trastocada, dañada por el discurso dominante, se reelabora, y la subjetividad inicia su recomposición. Así dejan de ser las madres que buscan a sus hijos “desaparecidos vaya a saber por qué”, para fijarse y objetivarse como las orgullosas Madres de aquellos jóvenes que querían cambiar la realidad y desaparecieron como podrían haber desaparecido tantos otros: “No digo que fuera algo excepcional: era un chico normal, sencillito, que hacía sus cosas, iba al colegio. Era un chico modestito nomás” (ut supra, 17).

“El duelo” es un trabajo diferente, más delicado. En la escritura, las Madres logran dar con algo que seguramente no buscaban, un lugar donde decir aquello que no han dicho públicamente: la muerte de los hijos. El poema *Mis manos*, incluido más arriba, da cuenta de ese sentimiento que impregna esta escritura y muestra que, al escribir, las Madres no solo duelen un pasado, salvándolo del olvido, sino también expresan la ausencia de los hijos haciéndolos presentes, recordándolos en los pequeños gestos. Esta aceptación, que puede ser entendida como una de las etapas finales del duelo, explica el título “Nuevos jardines” que se cambió por “El corazón en la escritura”, capítulo que cierra el libro y en el que justamente se habla del Taller de Escritura. Dice Mimí en uno de los últimos poemas del libro:

En ese andar sin pausa
persigues apagar los recuerdos
sordo a los gemidos de dolor y alegría
pero no lo consigues
la memoria persiste sobre el tiempo

Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, 1 (2)

No hay tiempo que consiga borrarla
supera el de una vida
Nunca podrás en tu implacable caminar
callar el canto de los pájaros,
el perfume de las flores,
las voces infantiles
el amor de una madre con su arrullo.

Este poema que destaca el triunfo de la vida después del dolor, habla sobre el tiempo, habla del duelo y también de la escritura, único lugar en el que la memoria toma forma, se convierte en relato y sobrevive al tiempo que pasa. La escritura se vuelve, en este caso, el territorio ideal para cerrar una historia y pensar que algo nuevo nacerá.

Finalmente, todos estos aspectos que hacen a la reparación en la escritura de las Madres se conjugan durante la lectura -silenciosa o compartida- de los escritos, momento en el que terminan de vivenciar los efectos de su escritura como argumentarias fundamentales. La reparación surge aquí en la lectura de sí mismas, en la lectura de las otras Madres, en la identificación con la historia común a todas, en la retroalimentación que les produce ese modo de decir que las muestra ahora como mujeres más preparadas, dueñas de su propia voz.

CONCLUSIONES

En este artículo hemos presentado la práctica de la escritura reparadora y los antecedentes que afirman la existencia de esta práctica social entre aquellos sujetos que no son profesionales de la escritura. Hemos analizado la escritura en las Madres de Plaza de Mayo y observado cómo escribir estos relatos, leerlos, compartirlos, tramita en ellas la subjetividad dañada fortaleciendo la estima de sí. Hemos señalado también el valor duelístico de sus escritos y de qué modo esta práctica y el pensar todo de nuevo, desde el principio (Brizuela, 1997, p. 5), contribuye a la reelaboración de ese dolor con el que han sabido convivir y sobreponerse.

Por lo demás, en cuanto a la escritura reparadora, nuestro objeto de investigación, podemos señalar que también en este, como en otros casos que investigamos, la escritura reparadora se relaciona con una necesidad. La necesidad de decir algo que está "ahí" y que no puede ser expresado de otra manera. En el caso de las Madres, aquello que el discurso público, político y oral de las Madres por distintas razones no ha permitido: todo aquello que el corazón de las Madres guarda, necesita decir o decirse y que solo gradualmente surge cuando deciden escribir:

Empecé a escribir digamos por la fuerza, cuando se llevaron a mis hijos y mis nietos se fueron a vivir lejos. Por fuerza, sí, me dediqué a las cartas para paliar la ausencia; Pero sin darme cuenta empezaron a colarse vivencias más hondas, pensamientos que tenía muy guardados, a veces tan

guardados que ni sabía. Así aprendí que yo había sido siempre una ignorante, sí, pero no de lo que yo creía, sino una ignorante de mi misma. (Elsa, 1997, p. 115).

Como hemos visto a lo largo de este artículo, la escritura de las Madres no ha hecho más que cumplir con la necesidad de decirse aquello que les es imprescindible para seguir viviendo: por un lado, quiénes han sido y quiénes son; por otro lado, ese aspecto de la historia de los hijos que públicamente no pueden afirmar sin renunciar a los objetivos del movimiento que representan: la muerte de los hijos.

Para terminar, quisiéramos decir que en este artículo hemos dejado fuera del análisis una serie de cuestiones interesantes, como el valor político de esta escritura en tanto respuesta o compromiso. Al hablar de la identidad, Ricoeur sostiene que se elabora a través de tres ámbitos: a través de la acción, en la que el sí mismo se designa como agente; a través de la palabra, en la que el sí mismo se designa como hablante, y a través de la imputación moral, en la que el sí mismo se designa como sujeto responsable (Klein, 2008, p. 26). Consideramos que la escritura de las Madres, transcurrida la instancia de la temporalidad, termina de dar cuenta de esa acción histórica que las Madres exhiben públicamente; les permite asumir una voz y una palabra; y les posibilita incluso asumir una nueva responsabilidad.

Como lo han dicho numerosas veces las Madres: ellas son madres de los 30000 desaparecidos y de todos aquellos militantes y ciudadanos que se identifican con su lucha y confían en ellas. Ante ellos, la Madres sienten la obligación de constituirse como cuidadoras sociales de esos “otros” que también tienen necesidades. Desde este marco teórico (Levinas 1987), responderles, hacerse cargo de su historia contando la vida de las madres y la de los hijos, desde “el corazón de las madres”, es para ellas un llamado ético que solo es posible reparando la imagen de los hijos. Y así sucede:

Yo quise transmitirles sobre todo el sentimiento de nuestra lucha, fuerte pero alegre, pedirles que nos acompañen y que recuerden que lo perdido no puede hacernos olvidar lo que tuvimos: y hemos tenido hijos tan hermosos que sería injusto que no los recordáramos así, con la cabeza alta y el corazón contento. (Chela, 1997 p. 89)

Como podrá advertirse, en esta escritura la reparación de la subjetividad, el fortalecimiento del sí mismo, también es una cuestión política. “Hemos logrado entender que escribir es también una de las formas de la lucha. Que, como decía Beba, también se puede luchar desde el papel” (HB, 1997, p. 112).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adam, J. M. (1999). *Linguística textuelle. Des genres de discours au textes*. Paris, Nathan. Traducción de Irene Brousse. Buenos Aires: Ficha de cátedra de Semiología.
- Amossy, R. (2000). *La argumentación en el discurso*. Paris: Nathan.

- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, FCE.
- Auster, P. (1994) *La invención de la soledad*. Barcelona: Anagrama.
- Baikie, K. y Wilhelm, K. (2005). Emotional and physical health benefits of expressive writing. *Advances in Psychiatric Treatment*, 11, 338–346
- Bauer Wu, S. (2003). Expressive writing for metastatic breast cancer patients: Effects on symptoms, adjustment, and quality of life three months later. 7th National Cancer Nursing Research Conference, San Diego, CA.
- De Diego, J. L. (2003) Campo intelectual y campo literario en la Argentina [1970-1986]. Recuperado de: [http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar /tesis/te.150/te.150.pdf](http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.150/te.150.pdf)
- Kafka, F (1993). Cartas a Felice Bauer. En Brizuela, L. y Russo, E. *Cómo se escribe una novela*. Buenos Aires: El ateneo.
- Brizuela, L. y Russo, E.(1997). Prólogo. En Asociación Madres de Plaza de Mayo, *El corazón en la escritura*. Buenos Aires: Ediciones Asociación Madres de Plaza de Mayo.
- Bruder, M. (2004). *Implicancias del cuento terapéutico en el bienestar psicológico y sus correlatos*. Tesis doctoral. Universidad de Palermo, Buenos Aires.
- Calveiro, P. (1998). *Poder y desaparición; los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Cardona, G. (1991). *Antropología de la escritura*. Barcelona: Gedisa.
- Cavazzoni, E. (2001, 2 de septiembre). La espera interminable. *Revista Ñ*. Recuperado de <http://edant.clarin.com/suplementos/cultura/2001/09/02/u-00311.htm>
- Chartier, R. (1987). Las prácticas de lo escrito. En P. Aries y G. Duby, *Historia de la vida privada. El proceso de cambio en la sociedad del siglo XVI a la sociedad del siglo XVIII*. Madrid: Taurus.
- Duras, M. (2000). *Escribir*. Barcelona: Tusquets.
- Fernández, M. (2006). *¿Dónde está el niño que yo fui? Adolescencia, literatura e inclusión social*. Buenos Aires: Biblos.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1908). *La creación poética y la fantasía, Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. IX
- Klein, I. (2008). *La ficción de la memoria. La narración de historias de vida*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- Kohan, S. (s.d). *La escritura terapéutica*. Madrid: Editorial Alba.
- Kristeva, J. (1995). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra.
- Lejune, P. (1975), *El pacto autobiográfico*, Paris: Seuil.

- Leon, I. (2007, 26 de febrero). *Terapia del diario, barato y efectivo*. Recuperado de <http://www.evidasana.com/blog/terapiadeldiariobaratoyefectivo>.
- Lévinas, E. *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. (1987) Salamanca: Sígueme.
- Lyons, M. (2012). *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*. Buenos Aires: Editoras del Calderón.
- Liotard, J. (1991). *La postmodernidad*. México: Gedisa
- Maingueneau, (2002). Problemas de ethos. *Pratiques*, 113/114, 55-67. (Traducido por M. Eugenia Contursi)
- Mcluhan, M. (1985). *La galaxia Gutemberg*. Buenos Aires: Planeta Agostini.
- Mirau, J. (2005). *La autobiografía: las escrituras del yo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva.
- Ong, W. (1987). La escritura reestructura la conciencia. En *Oralidad y escritura* (pp.81-114). México: FCE
- Pennebaker, J. (1999, 8 de mayo). *Testimonio*. En Un estudio demuestra los lazos que existen entre cuerpo y mente. *La nación.com*. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/137597-un-estudio-demuestra-los-lazos-que-existen-entre-cuerpo-y-mente>
- Perelman, Ch. y Ollbrechts Tyteca. L- (1982). *Tratado de la Argumentación. La Nueva Retórica*. Madrid: Gredos.
- Petit, Michèle (2001). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Petrucci, A. (2002). *La ciencia de la escritura*. Buenos Aires: FCE.
- Ricoeur, P. (1996). *Tiempo y narración*. Madrid: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.
- Rousseau, J.J. (1712-1765) *Mis confesiones*. Recuperado de http://www.logoslibrary.eu/pls/wordtc/new_wordtheque.w6_start.doc?code=42252&lang=ES. Recuperado el 6 de agosto de 2006.
- San Agustín (1998) *Confesiones*. México: Porrúa.
- San Agustín (1948). *Retractaciones*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Semprum, J. (2004) *El largo viaje*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Todorov T. (2004). *Frente al límite*. México: Siglo XXI.
- Yalom, I. (2000). *Psicología y Literatura*, Buenos Aires, Paidós.
- Zerillo, A. (2001) *Proyecto de tesis*. Oficina de posgrado de Facultad de Filosofía y Letras, Maestría en Análisis del Discurso de la UBA
- Zerillo, A. (2006). *Prácticas de escritura en el campo de la Salud Mental*. (Tesis de Maestría) Oficina de posgrado de Facultad de Filosofía y Letras, Maestría en Análisis del Discurso de la UBA. Buenos Aires.

Zerillo, A. (2012). *La escritura en comunidades en emergencia social*. Ponencia presentada en el *Simposio Lectura, Escritura y Formación Profesional*. I Congreso de la Delegación Argentina de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL) y V Jornadas Internacionales de Investigación en Filología Hispánica. Identidades dinámicas. Variación y cambio en el español de América. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 21, 22 y 23 de marzo de 2012. Ponente.

Fuentes

- Lavaca.org (2007). *La historia de las madres de plaza de mayo. Érase una vez catorce mujeres*. Recuperado de <http://lavaca.org/notas/la-historia-de-las-madres-de-plaza-de-mayo-erese-una-vez-catorce-mujeres/>.
- Bonafini, H. (2002, 12 de febrero) Entrevista a la Presidenta de la Asociación Madres de Plaza de Mayo. *Página Digital*. Recuperado de [http://www.paginadigital.com.ar/articulos/2002 rest/ 2002seg/entrevistas/hebe26-2.html](http://www.paginadigital.com.ar/articulos/2002%20rest/2002seg/entrevistas/hebe26-2.html),
- Di Stefano, M. (2010). Definiciones en torno al estilo en organizaciones populares. El caso de las Madres de Plaza de Mayo. En E. Arnoux y R. Bein (Eds.), *La regulación política de las prácticas lingüísticas* (pp. 243-266). Buenos Aires: EUDEBA,
- Gorini, U. (2011). *La otra lucha. Historia de las Madres de Plaza de Mayo. Tomo II (1976-1983)*. Buenos Aires: La página.
- Madres de Plaza de Mayo (1992). *Nuestros sueños*. Buenos Aires: Ediciones Asociación Madres de Plaza de Mayo.
- Madres de Plaza de Mayo (1997). *El corazón en la escritura*. Buenos Aires: Ediciones Asociación Madres de Plaza de Mayo.
- Madres de Plaza de Mayo (1993). *La vida en las palabras* Buenos Aires: Ediciones Asociación Madres de Plaza de Mayo.
- Madres de Plaza de Mayo (1995). *El lugar del reencuentro* Buenos Aires: Ediciones Asociación Madres de Plaza de Mayo.
- Madres de Plaza de Mayo (2007). *Pluma revolucionaria*. Buenos Aires: Ediciones Asociación Madres de Plaza de Mayo.
- Pérez Esquivel, A. (s/f) *La ruptura entre las combativas y las amas de casa*. Recuperado de <http://www.perfil.com/politica/-20110322-0042.html>, obtenido el 3 de septiembre de 2013
- Schiller, H. (s/f). Bonafini era anti-Estado, anti-dios y hasta anti-marido. Recuperado de <http://www.perfil.com/politica/-20110322-0042.html>, obtenido el 3 de septiembre de 2013

Zulu (2005). *30000 hermanos*. Video. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=ceAK8WI5F2Q>

Notas

¹ En mi tesis de maestría analizo casos de escritura solitaria y compartida. Presento también casos de prácticas de escritura individual y colectiva (radioteatro *Las ratas*, presentado en 8º Festival y Congreso Latinoamericano de Artistas Internados y Externados en Hospitales Psiquiátricos. Una puerta a la libertad. Red Argentina de Arte y Salud Mental. Mar del Plata, 2005) con los mismos resultados reparadores. La experiencia me permitió observar que los trabajos colectivos y compartidos, se agrega el beneficio de la construcción del ethos identitario, que para muchos de los escritores es el más significativo. En relación con los géneros, tras una serie de entrevistas dejé testimonio de que los pacientes recién ingresados escribían diarios de vida por una serie de razones que expongo; en cambio los pacientes que pasaron su período crítico preferían trabajar con poesía, cuentos y en lo posible, preferían escribir en el taller, es decir, compartiendo sus escritos.

² El término también es usado por Michel Petit (2001) respecto de la lectura en *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*.

³ Ricoeur (1999) propone en *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, una taxonomía del olvido en distintos niveles. En un nivel más profundo, ubica el olvido inexorable, que suprime los recuerdos, y el olvido inmemorial, inaccesible para el sujeto en tanto es anterior a su origen. En un nivel más superficial, estarían los olvidos rememorables por la actividad de la memoria y el olvido selectivo, el que se elige no recordar. (Klein, 2008)

⁴ Para un trabajo más detallado sobre estos antecedentes sugerimos consultar mi tesis de Maestría (Zerillo, 2006).

⁵ En nuestra tesis de Maestría, damos cuenta de los profesionales que sostienen lo contrario y analizamos esos casos.

⁶ Lo que señalamos aquí no va en detrimento del trabajo cultural y de escritura de las Madres de Línea Fundadora, que será analizado en un futuro trabajo, como también daremos a conocer el trabajo del grupo Madres de la Plaza 25 de Mayo de Rosario, en preparación.

⁷ Avanzaremos en estos datos en una futura entrevista a la Asociación.

⁸ Los textos de las Madres fueron transcritos con sus rasgos estilísticos y gramaticales originales.

⁹ Cardona (1991) distingue una serie de grados de alfabetización o instrucción. Al semianalfabeto funcional lo describe con limitadas competencias gráficas, escribe y lee por necesidad y carece de modelos autónomos.

¹⁰ En la polifonía que caracteriza estas producciones, algunos textos aparecen firmados por Hebe Mascia, otras por Hebe de Bonafini y, a veces, por Hebe, simplemente. En este último caso, hemos supuesto que también se refiere a HdeB.

¹¹ Algunos de esos esquemas son los ya conocidos: la infancia como edad de oro, la historia del trabajador pobre y honrado que se resiste a las tentaciones y sale triunfante, la historia de la familia unida a pesar de todo, etc (Irene Klein, 2008).

¹² Narrar supone para Ricoeur, la “puesta en forma de lo informe”, “aquello” que hace de la vida biológica, una vida humana, al otorgarle un sentido y una finalidad que la vuelve comprensible. Este proceso se cumple, según Ricoeur, en tres etapas. La primera de ellas es la “prefiguración” dada por la comprensión previa que los sujetos tienen de su obrar a partir de su experiencia práctica, de su realidad simbólica, de su temporalidad. La segunda, la “transfiguración”, remite a la construcción de la trama que sintetiza elementos heterogéneos (agentes, fines, medios, realidad simbólica, temporalidad, sentimientos: compasión, temor, etc.) y da unidad e inteligibilidad a los múltiples incidentes que se suceden uno tras otro a lo largo de una vida. La tercera es la “refiguración”, operada por el acto de lectura, verifica la aptitud de la trama para modelizar la experiencia; recobra y concluye el acto configurante reponiendo o dando sentido a los vacíos o zonas de indeterminación del texto. En ese acto de re-significación, al “comprender” el mundo, el sujeto se “comprende”, se re-significa, con la posibilidad siempre abierta de volver sobre el relato una y otra vez y reescribir diferentes tramas de su existencia. (Ricoeur, 1996) En este camino podemos ubicar las narrativas de Jorge Semprum en *El largo viaje*; de Tvestan Todorov en *Frente al límite*, y de Pilar Calveiro en *Poder y desaparición; los campos de concentración en Argentina*

¹³ Entendemos como memoria colectiva un “conjunto de relatos en los que se inscriben los recuerdos de un grupo particular” (Klein, 2008)

¹⁴ Decimos que son textos trabajados en tanto su escritura ha sido cuidada, no son borradores, tienen carácter de textos terminados, cohesivos, coherentes, adecuados a la situación comunicativa, sin problemas sintácticos ni ortográficos que sobresalgan.

Fecha de recepción: 07-03-14

Fecha de aceptación: 23-06-14